LA EUCARISTIA. PUNTO DE VISTA REFORMADO

I.—FUNDAMENTACION BIBLICA

Una reflexión sobre la eucaristía realizada en el plano de consideraciones ontológicas sobre substancia-forma, realismo-simbolismo, sacramentalismo-espiritualismo, sujeto-objeto, no aportaría ninguna superación de estas posturas dilemáticas ni haría surgir en el orden de la fe nuevas posibilidades para superar las diversas y opuestas posiciones doctrinales. La problemática de la eucaristía debe ser abordada en la perspectiva de la historia de la salvación, la cual se realiza en la vida. La reflexión debe seguirse en la línea de esta realidad viviente y humana que se halla más allá de nuestras endurecidas dialécticas, cuyas consecuencias han cristalizado en la esclerosis de nuestras posiciones dogmáticas. Por otra parte, si bien en esta misma línea, tendríamos que tener en cuenta que, el kerygma de la eucaristía es proclamado en unas categorías antropológicas y lingüísticas profundamente diferenciales de las del mundo occidental. En el pensamiento hebreo el hombre es un ser psicofísico en el que lo natural y lo inmaterial, lo concreto y lo abstracto forman una unidad indisoluble: la persona. Otra realidad que hay que tener muy en cuenta es que el pensamiento hebreo no se concentra tanto en el hombre considerado en sí mismo como en el hombre encarnado en la vida de su pueblo; de ahí que tenga que andarse con mucha cautela en no confundir constataciones existenciales con definiciones de naturaleza. Respecto al lenguaje, el hombre hebreo puede decir que una cosa es lo que no es, ya que al moverse en los que podemos llamar una antropología derivada (= teo-antropología), busca un sentido más profundo en el objeto. El pensamiento griego, por el contrario,

Universidad Pontificia de Salamanca

dice de las cosas lo que realmente son. Ello no significa que el hebreo no tenga en cuenta el sentido real de una cosa, sino que al relacionarla con la voluntad de Dios ve en esta cosa el acontecimiento que ella traduce, pues el término hebreo *dabar* (=palabra) es también «cosa, acción acontecimiento»).

A) LA CENA PASCUAL JUDIA

El acontecimiento liberador, la revelación de la voluntad de Dios (=*torah*) y las marchas del pueblo de Israel por el desierto bajo la guía de Yahvé hasta su llegada a la tierra prometida, son realidades que Israel ha tenido en cuenta en el curso de los siglos como el acontecimiento central de su encuentro con el Dios vivo. La fe de Israel se anclaba no tanto en los mitos relacionados con los orígenes, como de los grandes acontecimientos del pasado, de las justicias de Yahvé *(=sidoqôth Yahvé)* que se habían manifestado en la historia. En efecto, Israel no parte de la prehistoria ni del mito para justificar sus orígenes y su existencia, sino del acontecimiento que tuvo lugar en el contexto histórico del siglo XIII a.C., cuando Egipto estaba gobernado por la XIX Dinastía: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído su clamor contra sus opresores, me he fijado en sus sufrimientos» (Ex 3,7). Este acontecimiento fue para los israelitas de una tal importancia y tuvo una tal carga teológica que, subrayaron su significado y perpetuaron su memorial por medio de un acto litúrgico, el más solemne del calendario litúrgico de Israel: la cena pascual, designada por el término *pesah,* cuyo significado es el de «paso, viático», y también el de acción de «borrar, perdonar». ¿No hubiera bastado que el recuerdo de la intervención salvífica de Dios cerca de su pueblo hubiera sido perpetuado por la tradición? ¿Por qué este memorial debe ser celebrado por medio de una comida? El ritual de una comida permitía a los participantes vivir inmersos en el acontecimiento salvífico del pasado por medio de los alimentos y de la acción dinámica que caracteriza este acto litúrgico (Ex 12,8.11). Una tal forma de celebración no quedaba circunscrita al recuerdo de una acción liberadora de Dios que tuvo lugar en un determinado tiempo y espacio, sino que actualizaba un acontecimiento. El rabino Gamaliel, maestro del apóstol Pablo, dice: «Cada año, cada uno debe representarse que él mismo ha sido liberado de Egipto, pues se dice: «Y lo contarás en aquel día a tus hijos: Se hace esto con motivo de lo que

Universidad Pontificia de Salamanca

Yahvé hizo conmigo cuando me sacó de Egipto» (*Talmud, Trat. Pesahîm X,V).* La pascua es la celebración de la confianza en Dios, el cual no ha cesado de conducir a su pueblo a lo largo de los siglos. Verdaderamente es Dios quien pasa en aquel día a través de la historia. Pero no sólo en aquel día; cuando en el A.T. se dice «Acuérdate de la salida de Egipto todos los días de tu vida», no es para que la mente de los fieles retenga en la memoria un acontecimiento único, sino para mostrar el paso personal de Dios en la historia. No es el acontecimiento pasado el que se celebra, sino la acción permanente de Dios. La historia, concebida bajo este ángulo, deja de ser la imagen de un pasado cumplido para convertirse en el testimonio viviente de la presencia de Dios en el mundo. El ritual de la pascua subsiste a través de las generaciones en un sentido que, después de haber sido empírico se ha convertido en interior y espiritual y, por consiguiente, más real todavía. La perpetua actualidad de la Biblia por la aplicación del pasado al presente y de éste al futuro, es uno de los rasgos más permanentes del pensamiento del hombre bíblico.

B) EL FESTIN MESIANICO

En el mensaje deuteroisaiano, convergencia de las líneas del kerygma del A.T., el Señor reconoce el pacto davídico por la conclusión de un pacto eterno y, cumplirá, más allá de toda esperanza, la promesa de un imperio formado de nuevos pueblos (Is 55,4-5). La celebración gozosa de la fiesta real de Sión es el banquete del pacto de la *hesed* (=gracia) eterna (Is 55,1-3), invitación que nos recuerda la sabiduría personificada invitando a los hombres a comer y beber de sus frutos (cf. Pr 9,5: Eclo 24,19). En todo el contexto veterotestamentario no se expresa una invitación a escuchar la buena nueva de la gracia y de la salvación de una manera tan maravillosa y con una perspectiva de testimonio universalista como lo hace en el contexto de Is 55 el profeta del exilio. Ello nos lleva al mismo corazón de la nueva dimensión que la fiesta real de Sión tomará en el Evangelio del Nuevo Pacto.

La teología mateana pone de relieve la incapacidad por parte de los discípulos de Jesús de poder subsistir por sí mismos, de ahí que solo sea en el relato que esta teología presenta de la eucaristía (Mt 26,17-35) donde se mencione la expresión «para la remisión de los pecados» (v. 28), estable-

Universidad Pontificia de Salamanca

ciéndose una nueva dimensión entre los sacrificios expiatorios del Antiguo Pacto y el don que Jesús hace de sí mismo por todos los hombres. En Mateo no se habla del «Nuevo Pacto» sino de la «sangre del nuevo pacto», expresión que se halla en el pasaje de Za 9,11, texto que sigue a la promesa del rey que viene a Sión. En Jesús de Nazaret, Mesías del Reino, se cumple el pacto culminante de la profecía jeremiana (Jer 31, 31-34) en la que se proclama no una renovación del pacto, sino un *b'rîth hadasah* (=nuevo pacto) que será escrito en el corazón (=leb) del hombre, es decir, en la sede de su afectividad, de su voluntad, en lo que Pablo llama su «ser interior» (Ef 3,16); se cumple el anuncio gozoso zacariano del establecimiento de la realeza del Señor en Sión (Za 9,9).

Si la comida pascual veterotestamentaria era la actualización de la liberación histórica y la participación del don anticipado de la liberación escatológica, los fieles que permanezcan en las pruebas con Jesús reciben la promesa de participar en el banquete en el que Jesús transmite la plenitud y la perfección del pacto de Dios: «Yo pues, os asigno un reino, como mi padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino» (Lc 22,29). La esperanza gozosa de comer y de beber en el reino de Dios (Lc 14,15) va unida a una acción material: una comida. Las realidades del futuro eón son presentadas en estrecha analogía con las realidades del eón presente. Los mismo que el festín presente expresa la imagen pura del festín escatológico, éste proyecta sobre la comida presente la imagen de la comunión futura en el gozo del Señor. Las palabras de Mt 26,29 orientadas hacia la promesa del Reino de Dios, vienen a recordar a los discípulos que la realidad última que permanece ante ellos, como una promesa futura, es el Reino. Todos los textos del N.T. que hablan de la eucaristía hacen de esta celebración el anuncio de una comunión perfecta en el acontecimiento último. Jesús acentúa la realidad presente de su sacrificio y del don que hace de sí mismo: «esto es mi cuerpo», pero como una participación del don anticipado de la plenitud del Reino de Dios.

II.—LA CENA DEL SEÑOR

La celebración secular de la comida pascual veterotestamentaria, había preparado el marco litúrgico en el cual Jesús

Universidad Pontificia de Salamanca

insertó su último pensamiento antes de dejar a los suyos. Este rito fue escogido *ad hoc* por Jesús para celebrar la comida tradicional de la Pascua. Jesús ha celebrado la Pascua del 14 de Nisán. Sin embargo, Jesús introduce en este marco litúrgico una tal innovación que, la celebración de esta Pascua por Jesús con los suyos tiene como fin partir del marco litúrgico tradicional de la Pascua para darle una nueva y total profunda dimensión. Esta nueva dimensión la da a conocer al insertar en el antiguo y tradicional rito un elemento completamente nuevo, cuando al tomar el pan, dice: «esto es mi cuerpo». Jesús se designa como la víctima sacrificada por la liberación del hombre. El Hijo del Hombre ha venido no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos. El cordero pascual es sustituido por Jesús (=cordero de Dios); la antigua víctima que el rito pascual recordaba y representaba, es reemplazada por una víctima nueva. El padre de familia o el que ostentaba su representación, tenía la misión de dar una explicación, a los que participaban en la comida pascual, acerca de los alimentos que en la noche del memorial la familia tenía que consumir. Este rito pascual ilustra lo que en la parte de la fundamentación bíblica hemos dicho respecto a la dimensión que las cosas toman en el plano de la fe hebrea. Los alimentos que se consumían eran simplemente alimentos, pero tomaban un nuevo sentido al relacionarlos con el acontecimiento liberador. De ahí la fórmula judaica referente al pan del rito pascual: «Esto es el pan de la aflicción que nuestros padres comieron cuando salieron del país de Egipto». En el momento en que Jesús tenía que hablar del cordero pascual nombra su propio cuerpo. A la liberación del pueblo de Israel de Egipto responde la liberación para todos los hombres. A los que participan de este pan, Jesús afirma que participan de su cuerpo. Su presencia entre ellos no está condicionada a la memoria que los discípulos guarden de él. La voluntad de Jesús es que este pan proclame que él está allí, lo mismo que su cuerpo al estar todavía con ellos les dice que él está en su presencia. Esta presencia de Jesús irá, desde aquella celebración pascual, unida a un gesto: el de partir el pan y darlo a sus discípulos, y a un objeto: el pan partido, órgano de su presencia y de su manifestación. La teología lucana, parte de una comida corriente como fue la de Cristo con sus dos discípulos en Emmaús, pues el partimiento del pan y la bendición era el gesto propio del padre de familia, pero la presenta en categorías de banquete euca-

Universidad Pontificia de Salamanca

rístico al reconocer los discípulos por el gesto de Jesús al Señor resucitado (Lc 24,30; cf. 22,10). En la eucaristía, Cristo es la presencia redentora, actual y operante del mensaje de la reconciliación del hombre con Dios, del hombre con el hombre y del hombre con la creación. El es el salvador presente para los que se reunirán en su nombre, para todos los que se arrepientan y crean en el Evangelio de la salvación.

La institución de la eucaristía se halla entre la comida pascual y la comida mesiánica. Es recuerdo y esperanza, memorial y anticipación, pero también realidad presente. No se trata de un retorno al pasado por medio del memorial, ni de una proyección al futuro por la esperanza. El misterio de la salvación celebrado en el memorial del Señor, reside en el cumplimiento de la voluntad de Dios por Cristo, quien en su obediencia, su vida entre los hombres, su muerte vicaria y redentora y su resurrección, hace partícipes de los que viven, confiesan y celebran este misterio de comunión en la gozosa acción de gracias en el presente con aquel que era, que es y que ha de venir.

III.—LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTIA

Los textos sinópticos, juaninos y paulinos expresan la presencia de Cristo en el sacramento de la eucaristía: «esto es mi cuerpo, esto es mi sangre». ¿En qué sentido interpretamos que el pan *es* el cuerpo de Cristo y el vino *es* su sangre? La interpretación ultra-realista o fisicista da al *esto es mi cuerpo* el sentido de una tal identidad entre el pan y el cuerpo de Cristo que éste es confundido con el pan. La interpretación ultra-simbólica rechaza por completo la idea de una relación directa entre el cuerpo de Cristo y el pan.

Al instituir Jesús la eucaristía tiene en su mano su trozo de pan. Si se trata de pan, ¿puede decirse que este pan es su cuerpo? dicho de otra manera, ¿puede decirse de una cosa (=el pan) que es lo que no es (=cuerpo de Cristo)? El «esto es» *(=d^{e}nah hû')* de la expresión aramea, puesto que se estima que el verbo *ser* no fue empleado, lo que no impide la presencia del verbo en la expresión, no tiene el mismo sentido que cuando un griego o una persona influenciada por la cultura griega dice *touto estin (=esto es)*, lo mismo que la expresión aramea *d^{e}nah hû' b^{e}sarî (=esto es mi cuerpo)* no

Universidad Pontificia de Salamanca

pan que, es su cuerpo, no lo dice en categorías semánticas del mundo occidental, sino en categorías que la fe puede percibir. Para Jesús, el pan es pan, pero este pan lo convierte Jesús en el vehículo de su presencia para aquellos que *ven más allá* de la simple realidad empírica. En esta expresión no se da una total identidad, como lo estima el ultra-realismo, como tampoco se da en otras expresiones de Jesús (cf. Jn 14,6; 10,7; 15,1 etc.). Por otra parte, cuando Jesús instituye la eucaristía su persona está todavía entre sus discípulos, lo que excluye toda idea de cambio de substancia en otra.

El hecho de no hallarnos ante una transmutación de la materia, no significa que «esto es mi cuerpo» deba ser interpretado en el sentido de «esto significa mi cuerpo», ya que al poner de relieve por medio de esta interpretación el carácter simbólico de la eucaristía, quedaría completamente debilitada la unión que Jesús establece entre su persona y los elementos del pan y del vino que traducen su presencia. Es verdad que no podemos confundir en una identidad el cuerpo y el pan, la sangre y el vino, pero es también una realidad el hecho de que no podemos establecer una disociación entre Cristo y el pan que Jesús ofrece a sus discípulos. Jesús instituye la eucaristía en el marco del ritual pascual y en la hora en que va a ser entregado. El quiere que, después de su prendimiento y de las consecuencias que seguirán al mismo, su presencia tenga una dimensión tan activa como la que antes había tenido. La última razón de ser del pan y del vino no será la de alimentar el cuerpo, sino que la fe hará de estos elementos el sacramento de la presencia de Cristo.

Esta presencia sacramental halla su máxima expresión en el marco del acontecimiento pascual de la teología juanina (Jn 6), en la cual aparece un elemento nuevo en el texto de 6, 51: «Yo soy el pan vivo que bajó del cielo; si alguno come de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne, por la vida del mundo». Los que le escuchaban se preguntan, ¿cómo puede ser esto? La respuesta de Jesús no aclara la dificultad, pero pone más de relieve la paradoja: «Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no debéis su sangre, no tendrés vida en vosotros» (Jn 6, 53). Sin embargo, en 6, 60 ss. la explicación es presentada en una nueva perspectiva: la incomprensión en el plano de la fe de muchos les impedía que les fuera revelado el misterio de aquellas palabras. Los discípulos podrán comprender las pala-

Universidad Pontificia de Salamanca

puede expresar lo mismo que la expresión griega *touto estin to soma mou (=esto es mi cuerpo).* Cuando Jesús dice del bras difíciles de Jesús por el don del Espíritu, cuando el Hijo del Hombre haya sido elevado al lugar donde estaba antes. Pero cuando vuelva, no podrá ser localizado como se hace con un cuerpo carnal, de ahí la declaración: «es el Espíritu el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que os he hablado son espíritu y vida» (Jn 6, 63). La carne no puede dar la comprensión de las palabras de Jesús, no puede aportar el conocimiento verdadero del que tiene que volver. El Espíritu es el que dará la comprensión, lo mismo que en la conversación de Jesús con Nicodemo (Jn 3, 1-12) respecto al Reino de Dios. La observación juanina sobre el espíritu que da vida y la carne que de nada sirve, es una clara exhortación a no adentrarse en dialécticas sobre las substancias y a no intentar forzar explicaciones de algo que pertenece al dominio del Espíritu. Según una reflexión condicionada por parámetros griegos de pensamiento, la substancia de una cosa es lo que la cosa es en sí misma, de ahí que según esta línea de pensamiento, el pan deba convertirse en otra cosa de lo que era, y es aquello en lo que se ha convertido. Pero, si la substancia es tenida en cuenta no en la cosa en sí misma sino en lo que Dios la convierte, entonces, entre el pan y el Espíritu surge la vida eucarística. El pan se convierte en cuerpo de Cristo cuando el creyente ve en él la actualización de la presencia de Cristo. La expresión paulina (1 Cor 11, 23-26) la más antigua que habla de la institución de la Santa Cena, está en la misma línea de esta presencia. En 1 Cor 5, la pertenencia al cuerpo de Cristo es para Pablo una realidad ontológica. Si la gracia tiene como fin penetrar en las profundidades de nuestra naturaleza, entonces se comprende que el sacramento de la palabra vaya unido al sacramento de la eucaristía. El Espíritu opera a través de los elementos del pan y del vino, la comunión en el cuerpo y en la sangre de Cristo, en el sentido de la actualización en el creyente y en la Iglesia de la historia de la salvación, cumplida en la muerte, la resurrección y la manifestación de Cristo.

IV.—LA EUCARISTIA Y LA IGLESIA

Desde los primeros tiempos de la Iglesias, los creyentes se reunían entre ellos para celebrar una comida, en la cual

Universidad Pontificia de Salamanca

el que presidía pronunciaba una acción de gracias (=eucaristía), partía el pan y distribuía la copa del vino a los que se habían reunido, conforme al mandato dado por Jesús. La importancia de la celebración de la eucaristía entre los miembros de la primitiva Iglesia está claramente atestiguada (Hech 2, 42; 20, 7). Cuando la iglesia celebra la eucaristía obra de nuevo, por medio de la obediencia de la fe, en el nombre del que ofrece el sacrificio, y está unida a él en el llamamiento a los hombres al arrepentimiento. No se trata de un nuevo sacrificio bajo el punto de vista material; sin embargo, el sacrificio de Jesucristo halla de nuevo la expresión de su viviente actualidad. Al reunirse una iglesia para celebrar la eucaristía lo hace en el nombre del Señor y en obediencia al mandato de hacerlo en memoria de él, y el Señor, en cumplimiento de su promesa, está allí en medio de ellos. Esta presencia se hace realidad porque Cristo establece con el pan y con el vino la relación expresada en sus palabras: «esto es mi cuerpo, esto es mi sangre». La celebración de la eucaristía es el eje alrededor del cual gira la vida y la estructura de la Iglesia, y el medio por el cual Cristo establece la comunión con los miembros de su cuerpo. Este cuerpo está llamado a proclamar el kerygma de la reconciliación, por la comunión de muchos en un mismo pan (=cuerpo de Cristo), comunión que engendra una comunidad fraternal (1 Cor 10, 16-17), llamada a ser una sola cosa (Jn 17, 20-21) en Cristo para que los hombres puedan creer en el mensaje que se le ha encomendado proclamar: Jesucristo es el Señor que ha venido y viene a salvar la historia. La Iglesia puede mirar con gozo el futuro, porque puede confiar en la presencia de Cristo: «esto es mi cuerpo», en la promesa del Señor: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 18-20).

GABRIEL CAÑELLAS
Prof. de Sgda. Escritura en el Seminario Evangélico Unido de Madrid

Universidad Pontificia de Salamanca